

tiguo, no comprendía como se hallaba frente á frente del misterioso mundo de lo porvenir, quien estaba llamado como una especie de mágica tumbaga nupcial á desposar las tierras con los mares en la unidad hasta entonces desconocida por completo del planeta nuestro y en la unidad todavía superior del humano linaje. Así la tierra, que iba surgiendo á sus ojos, no tenía como el Asia buscada por Colón un carácter histórico sobrepuesto, donde hubieran podido radicar los privilegios y las castas como mundo de lo pasado que era; por lo contrario, como mundo de lo porvenir, tenía con sus ignoradas selvas, con sus aguas vírgenes, con sus tribus primitivas, con sus incipientes sociedades, con su patriarcado y su fetichismo ingenuos, aquel carácter aproximado á la naturaleza y á la vida natural que los preparaba como blandísima cera en su materia muelle á recibir todas las impresiones y los hacía idóneos para producir la sociedad progresiva de lo porvenir, que, sin el peso gravoso de las ruinas enormes y sin la ofuscación producida por el fulgor de los dogmas heredados, aceptase de grado la combatida libertad humana y los naturales derechos por su misma edénica inocencia.

Como en la creación angélica se tropezó con la rebeldía de Luzbel; como en la creación cosmológica se tropezó con la serpiente del mal; como en la creación humana se tropezó con el pecado de Adán; en esta hora sublime y divina, cuando la Naturaleza parecía rejuvenecerse y renovarse, tropezó el descubridor con desengaño terrible á la carencia de oro, tan buscado por sus avaricias italianas, y al alejamiento de las grandes Indias, tan requeridas por sus convicciones cosmográficas. En lugar del continente, madrêporas aisladas y ceñidas por un verdor eternal; en lugar de las ciudades inmensas, pagos parecidos á colmenas ó madrigueras de inferiores brutas especies; en lugar de aquellos purpúreos mantos en múrice tiria teñidos, la paradisíaca desnudez primitiva; en lugar de diademas, plumajes; en lugar de áureos templos, algún que otro grosero fetiche

no bien determinado; en lugar de las perlas y de los zafiros y de los rubíes y de las esmeraldas, pedazos de yuca ú ovillos de algodón. Por aquellas Lucayas, con este nombre conocidas á causa de la población de sus cayos, y por todo el archipiélago bahámico, nada de oro. Los viejos imperios, tan semejantes á los colosos con que Alejandro luchara; los Prestes de las Indias y los Kanés de Tartaria; las cordilleras de plata, los palacios de oro, el reluciente Ofir salomónico; tantos ensueños quedaban desvanecidos en presencia de aquellas cabañas compuestas por palmitos, desde cuyos senos iban saliendo, con una especie de sorpresa casi animal en el rostro espantado y recelosísimo, tribus desnudas y pintadas, sin Dios y sin rey, adheridas casi á la materia, desnudas por su falta de necesidades y de industrias, las cuales de hinojos se prosternaban delante de aquellos extranjeros surgidos del mar, como delante de divinidades bajadas del cielo, pero que no podían ofrecer, en la incipencia de su vida y en la inopia de sus recursos, ningún otro don que los ofrecidos por sus arboledas á las manos tendidas hacia sus espontáneos frutos, los cuales colgaban allí del ramaje como en el primitivo Paraíso, donde no se hubiera evaporado la triste lágrima de nuestras penas, pero tampoco los fecundos sudores del pródigo trabajo. Lo más curioso allí era el contraste manifiesto entre aquel indio, entregado á la naturaleza, pendiente del pezón de su madre tierra, lactando la primera vida desde cuna formada por las selváticas enredaderas, con la inocencia de niños sin pecado, y el hombre civilizadísimo europeo, asaz viejo moralmente por culto, y en su cultura dispuesto á emplear sobre los invenidos todas las múltiples astucias de una civilización, en que iba predominando la implacable razón de Estado, para mejor dominarlos y arrancarles aquel norte inmóvil de los viajes atrevidos, más luminoso que la estrella polar, el reluciente oro. Así discurría Colón por un lado y por otro en busca del gran imperio indio y del gran Kan tártaro parecido al Gran Señor turco. Y mientras, deteniéndose tan sólo por tres días en la primer isla

encontrada, iba requiriendo las demás, poníales nombres reveladores de sus pensamientos y de sus propósitos. Bautizó la primera isla con el nombre de San Salvador, en obsequio á Jesucristo, que salvara generalmente á la humanidad, y con especialidad á él en sus amargos trances; bautizó la segunda con el nombre de Santa María de la Concepción, el cual nombre invocaba en el misterioso viaje, y á cuya santa virtud creía deber la venturosa dicha de no haber tenido una procela en el mar ni una enfermedad á bordo; bautizó la tercera con el nombre de Fernandina, en obsequio al Rey, obsequio demostrativo de que no le fué á Colón hasta entonces tan mal con él como supone cierta maliciosa escuela histórica, ó, si le fué mal, quiso congraciárselo en lo futuro, y le perdonó lo pasado; bautizó la cuarta con el nombre, que acaso hubiera debido poner primero, sobre todo primero que el nombre de Fernando, con el nombre de Isabel, quizás conociendo cómo halagaba su amor de fiel y enamoradísima esposa con aquel homenaje ofrecido á quien tuviera ella por compañero en el trono, y por marido en el tálamo, y por eternamente predilecto, aun después de nacer sus idolatrados hijos, en el corazón; y así fué cumpliendo el descubridor, con estas denominaciones, aquellos deberes, traídos por el recuerdo á la obligada conciencia en el efusivo gozo de su primer encuentro con la renovada y edénica naturaleza. Pero surgía una isla tras otra isla, y nunca daba con el continente, cuando creía encontrarse por el oriental extremo de Asia, en su ignorancia crasa del grandor de los mares y en su soñación eterna con el imperio indio. Preguntaba y requería; pero los indios no le prestaban luz ninguna que le sirviera de indicio, por la dificultad natural de entenderse unos á otros en lo diverso y opuesto de sus lenguas, así como por la ignorancia irremisible á que se hallaban éstos condenados en su aislamiento dentro de aquellas reducidas isletas y en su carencia de fáciles comunicaciones directas. La canoa sin remos y sin velas y sin timón, extraída del tronco de los árboles, flotante al empuje de las olas; con

unas cortísimas palas por todo impulso y con unas calabazas pendientes de los costados para mejor aligerarlas cuando las cubría el agua, difícilmente iban de un lado á otro, y más difícilmente trazaban y urdían relaciones de alguna duración y consistencia. Los hombres aquellos, en el estado embrionario de su íntimo espíritu y en las rudimentarias raíces de su vida social, mucho se asemejaban á los vegetales, inmóviles sobre la tierra donde brotan, y más aun á los animales de una locomoción instintiva y errante, para la cual no podían entrar como impulsores dos elementos de cultura tan activos como la navegación y el comercio. Seres humanos de instinto, más que de razón, miraban en aquellos huéspedes legiones de reveladores celestiales, y oían el sonido extraño de los cascabeles como una melodía celeste, y el estallido de la pólvora como el relampagueo y la fulminación de tonante nube cargada con rayos vengadores. En estado así, al corto número de las ideas correspondía el corto número de las palabras; por consiguiente, la escasez de noticias respecto del archipiélago, cuyo número de islas encarecían haciéndolo llegar á ciento en su vaga y confusa numeración primitiva. Colón, que recibiera del cielo tan perspicaz vista para en las profundidades oceánicas ver y buscar el escondido mundo, anhelado por sus ansias y previsto por sus adivinaciones, apenas comprendía los tesoros nuevos aumentados al acervo común de los bienes humanos con aquel hallazgo, y requería como fuera de sí el factor único destinado á valorar su obra, el oro, bien escaso en aquellos islotes, parecidos á canastos de flores y frutas puestos por una mano mágica sobre los escollos del Atlántico. Su inquieto anhelo se revolvía en aleteos continuos por aquellos espacios infinitos, demandándoles los territorios grabados en los lóbulos del cerebro por sus estudios cosmográficos, los territorios del grande Kan, de aquel rey de los reyes, asentado sobre una peana de oro embutida en brillantes y bajo un dósel de perlas orientales, como guardián de aquellas montañas del Ofir, preñadas todas de minas, que

debían enriquecerlo á él hasta convertirlo en una especie de rey Midas, y enriquecer á España en términos de poder congregar una cruzada como nunca la vieran los siglos, y recoger una gloria superior á la recogida en sus empresas de Andalucía, el rescate de Jerusalén y su Santo Sepulcro para toda la humanidad. Como el desengaño en este mundo acompaña y sigue á todos los deseos cumplidos, holgábase Colón bien escasamente con su anhelado encuentro y requería lleno de una impaciencia casi febril el imperio infinito, enclavado, según sus conceptos geográficos, en los senos del Asia. Conducido por esta idea, especie de falsa guía, que lo engañaba en sus cálculos á cada momento y le revolvía sus mejor combinados planes, interrogaba dónde había mucha y muy grande tierra para ver si en tal tierra encontraba mucho y muy luciente oro. Sin embargo, el archipiélago se iba extendiendo á medida que navegaba él, en islas á cual más hermosa, como relieves externos tomados en el espacio de los mares por las ideas ocultas en el espacio de sus pensamientos. Si no le alucinara tanto la codicia del oro, viera que la vida humana crecía sobre la vida material según y conforme tropezaba con islas mejores y más hermosas. Muy cerca de la Fernandina encontró un indio apartadísimo del mar en su canoa, y sobre la Fernandina encontró algunos objetos de la humana industria, que suponían, si no una civilización superior, un trabajo superior al habitual en los pobladores de las demás islas. En la Fernandina vió las primeras hamacas tan usuales ya entre los utensilios caseros de los trópicos, y cuya urdimbre, consistente y fina, mostraba los esfuerzos de una modesta industria. Pues como encontró indios salvajes, pero dóciles, en la Concepción y San Salvador; como encontró utensilios industriales en la Fernandina; encontró en la isla de Samoeto, denominada por él Isabela, una dulcedumbre tal en los penetrantes aromas del trópico y en las emanaciones salinas del Océano, que su alma, naturalmente cristiana, subía, como sube la oración en el incienso, á un vago misticismo. Pero lo que buscaba

era el continente, su continente asiático, según aquella idea, clave de toda su empresa y norte de todo su viaje, la idea equivocadísima, por cuya eficacia, imaginando el mar muy angosto y mucho menor en el planeta que la tierra, colocaba el Asia oriental cerca de la Europa occidental y creía ser muy fácil dar con la primera saliendo de la última en dirección á occidente.